

CONVERGENCIAS Y DIVERGENCIAS ENTRE LAS INDEPENDENCIAS HISPANOAMERICANAS

*Raúl Figueroa Esquer**

El medio geográfico: la principal divergencia

Aunque resulte obvio, no pueden pasarse por alto las enormes diferencias que el medio ambiente ofrece en nuestra América: inmensas selvas, desiertos, enormes cordilleras, ríos caudalosos, extensas llanuras, multitud de valles, etc. Este factor contribuyó decisivamente a la fragmentación de los dominios de la Corona española en los que serían los futuros Estados hispanoamericanos. Cada región produce distintos grupos humanos en lucha contra climas adversos: piénsese en los llaneros colombianos y venezolanos, los gauchos argentinos, los vaqueros del altiplano o del norte mexicano. Cuando el clima es feraz y la tierra productiva, proliferan otro tipo de caracteres.

Diversidad étnica

Desde el virreinato, nuestros países se caracterizan por su pluralidad étnica: los habitantes originarios, los indios, siempre manumitidos y con los gravámenes que significaba el tributo que tenían que pagar a la Corona española; los esclavos traídos desde África, sin lugar a dudas el

*Academia Mexicana de la Historia.

grupo más oprimido; los peninsulares y criollos, que formaban el grupo “blanco”. Los primeros de este último grupo constituyen los más privilegiados: ocupaban un lugar preponderante en la administración colonial, así como en el alto clero y en la explotación de los recursos económicos. Los criollos venían después; entre ellos reinaba la diversidad socioeconómica: desde grandes terratenientes, comerciantes trasatlánticos y cierto tipo de funcionarios (especialmente en los cabildos municipales), hasta los de extracción francamente popular.

A esto, debemos agregar un largo proceso de mestizaje que produjo toda una variedad étnica que se conocía como castas en México y pardos en Venezuela. Había un racismo abierto, feroz en algunas regiones, que nutría un temor social al predominio de los grupos mezclados, a una hipotética “pardocracia”, como se llamó en Venezuela. El reforzamiento de la dominación oligárquica blanca ante dicho temor se expresó, por ejemplo, en la llamada “albocracia” en Perú.

Este mismo racismo motivó otro miedo: el surgimiento de un “nuevo Santo Domingo”, es decir, un alzamiento masivo de los esclavos de origen africano, justo como el de esa isla en 1804, que constituyó a Haití como Estado independiente y la primera república negra del continente americano.

Este temor se acentuó entre los criollos insurgentes más conservadores cuando grupos populares se unían a las fuerzas realistas, aunque a la postre estos mismos sectores solo fueron utilizados como carne de cañón.

La coyuntura internacional

Aunque no debe soslayarse que hubo rebeliones de indígenas y de otros grupos explotados antes y durante el siglo XVIII, el momento clave para el inicio de las luchas de emancipación fue 1808, cuando, tras las abdicaciones de Bayona de Fernando VII y Carlos IV, Napoleón Bonaparte impuso a su hermano José como rey de España y de las Indias. Ciertamente, el rey José no fue reconocido en Hispanoamérica, y se trató de gobernarla por medio de la Junta Suprema Central con sede en Sevilla. En principio, los criollos aceptaron ese poder y seguían reconociendo

a Fernando VII como rey legítimo, pero hacia 1810, ante el avance avasallador de los ejércitos franceses en España, la Junta de Sevilla se disolvió y ocupó su lugar una inoperante regencia.

Las ideas de que ante la ausencia del rey legítimo el poder volvía al pueblo fueron una constante. Por eso, en varias regiones peninsulares y criollos formaron las Junta Centrales, organismos que pretendían ser los depositarios de la soberanía ante la acefalia de la Corona.

El factor cronológico

Ligado a la coyuntura internacional, no podemos omitir el factor cronológico. Entre 1810 y 1814, en general triunfaron los movimientos revolucionarios, mientras que a partir de 1815, con el regreso el año anterior de Fernando VII al trono de España y el inicio del sexenio neoabsolutista (1814-1820),¹ la metrópoli lanzó una serie de campañas de reconquista y pacificación que hacia 1817 lograron restaurar el régimen colonial en los territorios americanos, salvo en el Río de la Plata.

En 1812, Fernando VII declaró “nulo y sin ningún valor todo lo decretado en Cádiz”. La famosa Constitución, que si bien no resolvía los problemas coloniales ni fue elaborada por los diputados americanos, al menos pretendía la formación de una monarquía constitucional.

La restauración sufrió una violencia inusitada, ya que los ejércitos enviados desde la península no solo combatieron a los insurgentes, sino que también reprimieron cruelmente a los ideólogos y en general a todos los partidarios de la emancipación.

No obstante, en 1820 los acontecimientos políticos también empezaron a cambiar en España. El 1º de enero, el entonces teniente coronel Rafael de Riego se sublevó en Cabezas de San Juan, provincia de Sevilla, precisamente con un ejército destinado a sofocar las revoluciones americanas, y exigió la reinstauración de la Constitución de Cádiz. El movimiento fue secundado por los principales militares españoles, quienes en marzo obligaron a Fernando VII a jurar la Constitución. Este

¹ Los historiadores apologistas de Fernando VII llaman a este sexenio de “soberanía plena”.

suceso marca un parteaguas para la emancipación americana. En efecto, durante el Trienio Constitucional se pretendió abolir los virreinos y enviar en su lugar jefes políticos superiores² a los lugares que había esperanzas de recuperar. Esto dio como resultado que en ciertas regiones triunfara lo que John Lynch llama una “revolución conservadora”,³ como desde mi punto de vista la llamó acertadamente el doctor Reynaldo Sordo, ya que grupos privilegiados, como el alto clero, la oligarquía criolla y algunos militares peninsulares se sumaron, ahora sí, al movimiento independentista. Estos grupos, especialmente el alto clero y el ejército, se mostraban reacios a aceptar la legislación de las Cortes de Madrid, que atentaban contra sus fueros y, en general, contra su situación privilegiada.

No se debe pasar por alto a las instituciones sostenedoras del régimen colonial. En general, los grupos privilegiados fueron en un inicio los acérrimos enemigos de las independencias hispanoamericanas, aunque hay diferencias notables. El poder del alto clero no era igual en todo el continente. Las corrientes ilustradas tuvieron más fuerza en algunas regiones que en otras. Los mandos bajos de las filas del ejército instaurado por los Borbones estaban compuestos mayoritariamente por castas y pardos. La historiografía conservadora hace mucho hincapié en que gran parte de los mandos medios enviados desde la península pertenecía a la masonería y eran partidarios de la Constitución de Cádiz.

La etapa final de las independencias hispanoamericanas forma parte de la segunda restauración absolutista de Fernando VII, realizada en 1823 con la Expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis comandada por el duque de Angulema, que con el visto bueno de la Santa Alianza derrotó a los liberales españoles e instauró la Década Ominosa (1823-1833). Esta situación solo afectó al virreinato de Perú, pues el resto de Hispanoamérica ya estaba emancipado.

²Hasta donde llegan mis conocimientos, en el único lugar en el que se materializó este proyecto fue la Nueva España, con el nombramiento de Juan O'Donojú como jefe superior político, no como virrey.

³Patricia Galeana prefiere el término “contrarrevolución”.

La independencia en el Río de la Plata y en la capitania general de Chile

El virreinato del Río de la Plata, la actual Argentina, pasó por una emancipación relativamente incruenta. El grupo criollo era poderoso y además contaba con el mérito de haber hecho frente a las invasiones británicas de 1806 y 1807. Los criollos reconquistaron Buenos Aires, destituyeron al virrey Rafael de Sobremonte y lo sustituyeron con el virrey Santiago de Liniers, de origen francés. El estrato criollo del virreinato cobró conciencia de su situación, hecho que se refleja en la organización de un ejército local y la propagación de las ideas populistas entre los núcleos urbanos cultos.

Este movimiento culminó con la Revolución de Mayo de 1810: entre el 18 y el 25 del mes se produjo la caída de la Junta Suprema Central de Buenos Aires y el último virrey, Baltasar Hidalgo de Cisneros, quedó destituido. Aquí cabe señalar una semejanza con la iniciativa de 1808 del Ayuntamiento de Ciudad de México por lograr una independencia pactada sin derramamiento de sangre, que fue secundada en parte por el virrey José de Iturrigaray y defendida por los síndicos. Sin embargo, la iniciativa fracasó por el golpe de Estado organizado por el terrateniente peninsular Gabriel de Yermo.

El 9 de julio de 1816, con la apertura del Congreso de Tucumán, se proclamó la independencia argentina.

El caso del actual Uruguay (Banda Oriental) es peculiar, pues pasó por distintas dominaciones antes de lograr su total independencia. Anexado a Portugal en 1821, tras una invasión iniciada en 1816 y posteriormente al independiente Imperio del Brasil en 1825, se constituyó como República Autónoma del Uruguay en 1830, sacudiéndose también la tutela de Buenos Aires.

Entre 1817 y 1818, con ayuda de los patriotas chilenos encabezados por Bernardo O'Higgins, el caudillo argentino José de San Martín cruzó los Andes y tras las victorias de Chacabuco y Maipú consiguió la independencia chilena el 12 de febrero de 1818.

Paraguay es un caso particular debido a su aislamiento. Al igual que Uruguay, repudió la autoridad de Buenos Aires. De hecho, Paraguay se

había convertido en Estado soberano desde 1811 sin pasar por la larga prueba de combates sufrida por el Uruguay. Sin embargo, mientras que Uruguay fundó un Estado liberal, dominado por la aristocracia agraria y mercantil, Paraguay inició la larga dictadura semipopulista del doctor José Rodríguez de Francia hasta su muerte en 1840.

Independencia de la Gran Colombia

Las luchas de independencia en el virreinato de Nueva Granada, que en 1810 comprendía la capitanía de Venezuela, la audiencia de Quito y la misma Nueva Granada (en cuya capital, Bogotá, residía el virrey), se vieron jalonadas tanto por la restauración absolutista de Fernando VII como por las disputas políticas entre oligarquías locales y la irreversible movilidad social de muchos miembros de las clases populares que participaron en la fase armada, a pesar de la resistencia de los mismos criollos que la habían propiciado en un inicio.

La actual Venezuela experimentó la revolución más violenta, debido a la composición étnica del virreinato de Nueva Granada. Estaban los pardos (mestizos, mulatos y zambos), los indígenas, los esclavos negros y los criollos y un pequeño número de peninsulares que durante la lucha aumentó con los soldados de las expediciones militares. A esto se sumaba el dominio oligárquico de la aristocracia criolla, denominada *mantuana*.

El largo proceso de independencia tuvo tres etapas. La Primera República o primera revolución dio comienzo el 5 de julio de 1811, cuando la Junta de Caracas proclamó la independencia venezolana, apoyándose en la figura del ya anciano general Francisco de Miranda y el joven Simón Bolívar, entre otros. Duró solamente un año, pues fue reprimida por el militar realista Domingo de Monteverde, desembarcado en marzo de 1812. El 26 del mes un terremoto menguó la resistencia patriota y en julio capitularon los rebeldes. Los dirigentes insurgentes lograron escapar; entre ellos iba Bolívar, quien se dirigió a Cartagena.

La segunda revolución, que tuvo lugar entre febrero y marzo de 1813, fue iniciada por Bolívar desde Nueva Granada con el apoyo de Camilo

Torres y Antonio Nariño. Los insurgentes sorprendieron a las dispersas tropas realistas, liberaron gran parte de Venezuela y entraron en Caracas en agosto de 1813. En junio, Bolívar había decretado la guerra a muerte como respuesta a la represión realista, lo que recrudeció la violencia entre los bandos.

De todos modos, los patriotas no consiguieron el apoyo de todas las clases populares, pues el militar asturiano José Tomás Boves alentó la insurrección de los llaneros, que se sumaron al bando de los realistas. En 1813 triunfaron en Coro y Maracaibo y el año siguiente ocuparon Valencia, lo que obligó a Bolívar a refugiarse de vuelta en Nueva Granada. Boves todavía venció a los insurgentes en la batalla de Urica, pero murió pocos días después, el 5 de diciembre de 1814, por las heridas recibidas.

En 1815, el enviado de Fernando VII, el general realista Pablo Morillo, obtuvo la rendición de los insurgentes. Aquí hay una convergencia con los sucesos en México, pues ese mismo año se reprimió la insurgencia popular y fue tomado prisionero José María Morelos y Pavón.

Bolívar se trasladó a Jamaica, donde redactó su Carta de septiembre de 1815. Pasó después a Haití, donde recibió apoyo del presidente Alexandre Pétion a cambio de la promesa de liberar a los esclavos en Venezuela.

En mayo de 1816, Bolívar desembarcó en la isla Margarita con lo que se inició la tercera revolución. Aunque fracasó, un nuevo desembarco en diciembre en Barcelona aseguró la continuidad de la lucha. En este último periodo de la guerra, los insurgentes reclutaron a gran cantidad de pardos y sobre todo llaneros, comandados por el indómito general José Antonio Páez, pues los realistas dejaron de apoyarse en las clases populares, al recibir las tropas peninsulares traídas por Morillo.

La campaña libertadora se vio entorpecida en 1817 y 1818 por la falta de coordinación entre los líderes insurgentes. Además, se acentuó la dependencia del ejército rebelde de los recursos de Nueva Granada.

La sublevación colombiana estalló en varios puntos del país: Pamplona, Cartagena, Socorro, y se constituyó la Junta Suprema del Nuevo Reino de Granada. Popayán y Pasto quedaron en poder de los realistas.

Con respecto al actual Ecuador, dependencia de Nueva Granada, el 19 de agosto de 1809 se constituyó en Quito la Junta de Gobierno, de

composición monárquica y aristocrática. Tuvo éxito debido al control de la milicia local. El virrey de Perú José Fernando de Abascal movilizó a las fuerzas realistas desde Guayaquil y Bogotá. La Junta se rindió el 18 de octubre de 1809 y alcanzó un acuerdo que quedó roto en cuanto arribaron los refuerzos realistas. La terrible represión que se cebó sobre Quito el 2 de agosto de 1810 radicalizó a los patriotas y sumó la participación popular en octubre. Una nueva Junta desconoció al presidente de la Audiencia Joaquín de Molina.

Mientras esto sucedía en Quito, el 22 de diciembre de 1810 se formó en Bogotá el Supremo Congreso, presidido por Manuel Bernardo Núñez. El Departamento de Cundinamarca organizó un gobierno autónomo en 1811 y en el Congreso se constituyó la Confederación de las Provincias Unidas de Nueva Granada. Comenzó entonces el conflicto entre los federalistas y los centralistas, encabezados por Antonio Nariño.

El 16 de julio de 1813 Nariño proclamó la independencia de Cundinamarca, y el mismo año, Juan del Moral la de Antioquia. Tras ocupar Bogotá, Bolívar obligó a Cundinamarca a adherirse a la Confederación en 1814. El Congreso organizó un triunvirato ejecutivo presidido por Custodio García Rovira.

58 | En 1819, Bolívar emprendió una rápida campaña para terminar con la soberanía española. El 15 de febrero tuvo lugar el Congreso de la Angostura, en que se creó la República de Colombia. Bolívar fue elegido presidente con el neogranadino Francisco de Paula Santander como vicepresidente. El Congreso aprobó en diciembre la Ley Fundamental de la República de Colombia (unión de Venezuela, Nueva Granada y Quito) con el nombre de Gran Colombia.

Finalmente, en 1820 se firmó el armisticio de Trujillo entre Bolívar y Morillo. En 1830 se produjo la sublevación de Páez que disolvió la Confederación de la Gran Colombia.⁴ Varios autores han comparado a este guerrillero con sus bandas de llaneros que cabalgaban casi desnudos con los jarochos (veracruzanos de la costa) que sostuvieron en varias ocasiones al general mexicano Antonio López de Santa Anna. Ambos,

⁴En realidad, no fue Páez el único culpable de la disolución de la Gran Colombia, sino también el general ecuatoriano Juan José Flores.

con sus contradicciones, fueron grandes caudillos de sus países y, además, caciques de sus lugares de origen: los Llanos venezolanos y el Estado de Veracruz. De hecho, en una etapa muy avanzada, octubre de 1854, Páez, que recorría exiliado Estados Unidos y Europa, visitó México y fue recibido por Su Alteza Serenísima, quien lo hizo miembro de la Orden de Guadalupe. El paralelismo es indiscutible.

El caso de Perú

Perú se liberó de la dominación española por medio de una coalición que vino desde fuera, encabezada por José de San Martín con su gran lugarteniente, el general Antonio José de Sucre. ¿A qué se debió esta situación? Perú contaba en vísperas de la independencia con una población aproximada de un millón de habitantes: 57% indios, 29% mestizos, 4% esclavos de origen africano y 4% mulatos. Los blancos sumaban menos de 13% de la población. Como en otras partes de Hispanoamérica, se había constituido una aristocracia criolla.

Este grupo privilegiado temía a las rebeliones indígenas, como la encabezada entre 1780 y 1781 por Tupac Amaru, quien, si bien era mestizo y fue educado como criollo, desde el momento de la sublevación se vistió como cacique inca y se declaró descendiente de la nobleza del pueblo originario de Perú. Aunque trató de atraerse a los criollos, falló en ese objetivo. La rebelión fue sofocada rápidamente y con lujo de violencia, pero enseñó que el triunfo de un movimiento indio dependería de la unidad indígena y de la alianza con los criollos. Tal fue lo que intentó en 1814 el militar y funcionario indígena del virreinato Mato Pumacahua, también derrotado y ejecutado al año siguiente. Con todo esto, aumentó el temor de la aristocracia criolla a las rebeliones indígenas y no pensó en alianzas con el grupo autóctono.

Un factor que debemos tener en cuenta es que Perú se constituyó a principios del siglo XIX como el gran bastión del poderío militar y naval español en el océano Pacífico. Había grandes fortificaciones militares y puertos de la importancia de El Callao y Guayaquil, que contaban con respetables astilleros de buques y estaban resguardados por buenos

militares peninsulares. Además, la presencia de enérgicos virreyes dispuestos a sofocar cualquier insurrección: José Fernando de Abascal y Souza, experimentado militar con una larga permanencia como virrey de 1806 a 1816; Joaquín de la Pezuela y Sánchez, virrey de 1816 a 1821 (padre de dos connotados reaccionarios que retornaron a España, el marqués de Viluma y el conde de Chestre), y el último, José de la Serna e Hinojosa, quien gobernó de 1821 a 1824.

Por su parte, el grupo indígena estaba muy dividido y hasta el final de las contiendas hubo un buen número de indios realistas, atraídos por las prerrogativas que entregaban los virreyes.

En 1820 tropas argentinas y chilenas comandadas por San Martín invadieron Perú y tomaron Lima, pero su triunfo fue relativo. Las fuerzas realistas se concentraron en el Cuzco, en la parte montañosa de Perú.

Hubo que esperar al avance avasallador de las fuerzas de Bolívar y de Sucre, después de liberar a Guayaquil y Quito el 25 de mayo de 1822. Finalmente, así se consumó la independencia de Ecuador, que había sido declarada dos años antes, el 9 de octubre de 1820.

Perú estaba asediado. Después de la Entrevista de Guayaquil entre San Martín y Bolívar en julio de 1822, el primero reconoció la superioridad de los Ejércitos del Libertador, compuestos por venezolanos, colombianos y ecuatorianos, y optó por retirarse.

El núcleo fuerte de los realistas se encontraba en las proximidades del Alto Perú (la actual Bolivia). Por fin, el 9 de diciembre de 1824 se verificó la célebre batalla de Ayacucho que puso fin a la dominación española en Perú y en el continente. Todavía hubo algunos encuentros más, como el de Tumusla el 1° de abril de 1825, que confirmó la retirada de los peninsulares del Alto Perú y la liberación de Chiloé en el sur de Chile en 1826, mismo año en el que también cayó El Callao. La historiografía reconoce la derrota del virrey De la Serna en Ayacucho como el golpe mortal a los realistas. Incluso en la historia española se conoce a estos derrotados como “los ayacuchos”.

En 1826 la independencia de Hispanoamérica estaba consumada. Ahora quedaba la tarea de formar naciones, proceso que iba a durar buena parte del siglo XIX.